

largos, a vestirse como princesitas de Teatro Fantástico, a hacerse los payasos como la beata y su hijo. Y luego la dirección en el momento de presentar triunfalmente al personaje del cardenal, parecía que iba a entrar Manolete, o Alfonso XIII, o Cassius Clay.

SACERDOTE: Es de humanos errar. No seamos tan exigentes.

ANCIANO: ¡En el teatro sí, padre! ¡Debemos ser exigentes!

SACERDOTE: Es verdad. Perdonemos al cine mexicano, pero no al teatro. En el ambiente teatral mexicano hay el suficiente talento para no caer en esto, e indignarse cuando es desperdiciado. Hablaré con fray José de Guadalupe para pedirle que no reincida en el teatro, por bien suyo y nuestro.

ANCIANO: El teatro mexicano se lo agradecerá, padre.

(Cae lentamente el telón mientras se escucha una melodía de los Beatles.)

31 de agosto de 1969

LOS CONDES DE CALIMAYA Y SU COCTEL

(Crónica de sociales del siglo XVIII)

Un lacayo de roja librea llegó en un brioso corcel hasta el portón de mi casa solariega de Santa Cruz Atoyac y entregó a mi mayordomo un pergamino atado con una cintilla carmesí. Yo, que en aquel momento me entregaba al noble arte de la cetrería en los vastos jardines de mi mansión, desenrollé el pergamino y leí en elegantes caracteres caligráficos la esquila en la cual el ilustre ayuntamiento de esta ciudad capital me invitaba a un sarao que tendría lugar el sábado 30 de agosto en la Casa de los Condes de Santiago de Calimaya, quienes piensan próximamente convertir dicha casa en el Museo de la Ciudad de México. El mencionado sarao sería para celebrar la fundación de una compañía de farándula que recorrerá las nobles calles de la capital de la

Nueva España para divertir, con sus juglares y maromeros, al populacho. Aun cuando mi marquesado de Arroyos y mi condado De la Maza se rebelaban a que asistiese yo a aplaudir a cómicos de la legua y gente de mal vivir, no tuve otro remedio que aceptar, por tratarse de una orden suprema. Coloquéme mi mejor casaca, me cercioré de que mi caja de oro estuviese bien provista de rapé, caléme mis quevedos y subí a mi carroza dando órdenes a los cocheros que me condujesen raudos y veloces hasta la casa de mis buenos amigos los condes de Calimaya.

Al traspasar la imponente puerta adornada con garras y con escudos, fui recibido por la gentil y hermosa introductora de personajes nobles en la corte virreinal, doña Alicia de la Rocha, baronesa de los Estrenos. El enorme patio, con sus gárgolas de cañones, estaba lleno de personajes ilustres que han dado gloria y prez a la Nueva España al iluminarla con sus genios desde la pluma, el pincel, la coreografía, el atrezzo, la declamación y el movimiento escénico. Se diría que bajo aquellos solemnes arcos se habían dado cita todos los amantes de Talía y Terpsícore. Me incliné ante el vizconde don Miguel de Suárez, célebre en el Coliseo por su buen decir, y fui luego a besar la mano nada menos que de la archiduquesa María de la Conesa, aún tan fresca y juvenil como cuando divertía en los salones de Palacio a don Álvaro Obregón, marqués de Celaya, y a don Plutarco Elías Calles, conde del Templo Cerrado. Con la archiduquesa estaba don Enrique de Alonso, vizconde de Cachirulo, quien estrenaba una bella peluca empolvada y murmuraba por lo bajo contra don Raúl del Astor, barón de Topo Gigio, porque le ha quitado la popularidad de que gozaba con las huestes infantiles.

Sonaron los clarines y los tambores para anunciar la llegada de la siempre hermosa marquesa Amparo Rivelles, mejor conocida en las calles de México por La Viuda Blanca, seguida por su autor oficial y particular, el marqués de Lozano y de Dana, quien tomaba apuntes para una nueva comedia que próximamente ofrecerá en el Coliseo, para cólera y bilis de los escribanos de espectáculos. El pintor de la corte, don David de Antón, demasiado modernista por su amor al venidero siglo XIX, conversaba animadamente con monseñor Luis de Basurto, el que impartía bendiciones y nos daba la nueva de que muy pronto veremos

sobre las tablas otra más de sus piadosas producciones, las que tienden a volver al redil a las mujeres descarriadas. Mientras tanto, lacayos de blancas libreas ofrecían a los invitados copas de espumoso vino y bocadillos de jabalí, que el escribano don Antonio de Magaña y Esquivál devoraba a dos carrillos mientras charlaba con el conde don Miguel de Álvarez y Acosta, señor feudal del OPIC. Don Augusto de Benedico, marqués de la Dicción, recordaba buenos tiempos pasados junto con don Ignacio de López Tarsó, conde del Tono, y con la bella Emma Teresa de Armendáriz y López Miarnau, baronesa de Orientación.

El gran autor don Hugo de Argüelles, a quien la Santa Inquisición tiene en entredicho por sospechas de practicar la brujería y la magia y el humor negros, no cabía en sí de gozo porque el ayuntamiento había seleccionado una de sus anatematizadas comedias para inaugurar la nueva compañía cómica oficial, mientras otro preclaro ingenio de la corte, don Sergio de Magaña, lo felicitaba y le enseñaba su vistoso traje de terciopelo. Más allá doña Betty de Sheridan murmuraba detrás de su nacarado abanico que no se explicaba por qué el ayuntamiento formaba una compañía oficial de teatros, con elementos a los que nadie conocía, existiendo tantos y tan buenos faranduleros que están sin trabajo y a los que pronto veremos pidiendo socorro a las puertas de los templos. Un caballero que vende teatro al mejor postor y que es de origen griego, buscaba con sonrisa malévolá a su futura víctima para destrozarla sobre un escenario, pero ignoro si la encontró y hago votos por que no lo haya hecho. Las conversaciones y las libaciones fueron interrumpidas por los armoniosos, pero un tanto estridentes sonidos de un cuarteto no de cuerda sino de cable, pero el afán de murmuración y de hablar mal del prójimo eran superiores a los deseos de solazarse con la música, y bien pronto el cuarteto fue ignorado.

Don Carlos de Monsiváis, marqués del Jocoque, anunció que ya llegaba en su carroza dorada y arrastrada por ciento ochenta caballos de fuerza, el miembro del Cabildo comisionado para presentar a la nueva compañía a la selecta concurrencia, el ilustre don Jesús de Salazar y Toledano, conde de la Acción Social, quien ágilmente subió a una tarima preparada al efecto y habló con sentidas palabras, agradeciendo la presencia de toda la corte virrei-

nal en el ramo de las artes escénicas. Luego presentó a cada uno de los elementos que forman la nueva compañía oficial, jóvenes todos ellos y no tan jóvenes todas ellas, pero absolutamente desconocidos en su totalidad. Fueron discretamente ovacionados y se hicieron votos porque se realizaran en buenos cómicos y supieran aprovechar la oportunidad que el Cabildo les brinda, aunque sea por poco tiempo, pues es de todos sabido que dentro de un año y medio habrá importantes cambios en la muy noble y muy leal Ciudad de México.

Con tan breve, pero significativo acto, se dio por terminado el sarao, y los invitados comenzaron a pedir a sus lacayos los carruajes, que, en medio de un torrencial aguacero, tardaban bastante en llegar hasta sus dueños, porque además habían quedado estacionados unos sobre otros en esos infernales jacalones que el Cabildo habilita como cocheras y cuyos empleados son la vergüenza de una corte tan refinada como la nuestra.

Este humilde marqués de Arroyos y conde de De la Maza, cronista de sociales y de espectáculos morales, desea de todo corazón a los organizadores y miembros de la nueva compañía de farándula, una serie no interrumpida de buenos éxitos, y que el Portal de Santo Domingo, donde tendrán lugar las representaciones, se vea siempre pletórico de una multitud entusiasta que destierre de ese sitio a los llamados "evangelistas", que en un país desanalfabetizado salen sobrando.

7 de septiembre de 1969

¿AUTO SACRAMENTAL O PASTORELA?

(Diálogo)

Lugar: Teatro Xola después del estreno de *Asesinato de una conciencia*, original de Luis G. Basurto. Época: desgraciadamente actual. El teatro está ya vacío, pues todos los que asistieron se encuentran felicitando al autor y a los actores en los camerinos.